

## EL GÉNERO DEGENERADO

Todo comenzó con la inocencia de nuestros primeros padres (Homero, Dante, Cervantes, Sterne, Rimbaud, Proust, Kafka, Joyce, Faulkner, Beckett, Borges...) quienes, decididos a perder la noción de la realidad, apostaron por el trabajo literario. Joyce, en París, le dio este sabio y básico consejo a una entonces joven Djuna Barnes: «No copie la realidad, invéntela.» Ello me permite presumir que escribimos para arroparnos en la mentira. Dicho de otro modo, el realismo es lo más próximo a la verdad y para mí la verdad es, o debería ser, lo natural. Pero la Literatura no es lo natural. Recuerdo que en mis primeras aproximaciones a la Literatura me cautivó, impulsiva y miméticamente, la idea, todavía sin desbatar, de que era un todo, un todo envuelto con diferentes vitolas que, para el caso que nos ocupa, y a donde quiero llegar, vendrían a ser los géneros. Me acerqué primero, por motivos de simple economía, a la poesía —lo hice con intención prosaica— y poco después pasé a la prosa de ficción —esta vez con miras líricas—. Pues bien, confieso que aún hoy, tantos años después, sigo asomándome al universo de la palabra escrita (ahora incluidos el ensayo y el teatro) con la misma sensación, retorcida o simplificadora, de entonces. Como en el famoso símil de Horacio, *Ut pictura poesis*, manifiesto que para mi gusto, también la poesía es tal que la narrativa, y viceversa.

Contra las ataduras «realistas», no pocos narradores decidieron, y aún deciden, afrontar su trabajo anteponiendo las soluciones poéticas a las soluciones narrativas (que también); a la vez que muchos poetas se han inclinado por dotar a sus poemas de pequeñas historias argumentadas y ofrecerlas, formalmente, como si de prosa fragmentada se trataran, en un posible retorno a la antiguamente llamada «poesía épica». Mas cuando releo *Los cantos de Maldoror*, de Lautréamont, o bien *Una temporada en el infierno*, de Rimbaud, inevitablemente acabo inmerso en la consabida cuestión: ¿es poesía o es prosa?... E indefectiblemente me consuelo con un furtivo «qué importa eso». Es literatura de elevadísima calidad, y me tranquiliza saber que alguien tan poco sospechoso, y siempre aleccionador, como es el caso de Thomas Mann, nos advirtiera de que «en los géneros del arte importa sobre todo el arte y no los géneros». Modestamente, añado que todo escritor, incluso al escribir una carta comercial o un telegrama de pésame, ha de buscar siempre la poesía, hasta debajo de las piedras. Me lo repite Baudelaire en nuestras plácidas veladas de insomnio: «Sé siempre poeta, aun en la prosa», me susurra en francés.

Pues bien, tras Lautréamont, el siguiente paso obligado será recuperar a Mallarmé, quien desmontó todo el tinglado poético al uso. Con él, la poesía inició una aventura introspectiva, onírica, semántica... El culmen de semejante introspección poética lo alcanzará, ya en pleno s. XX, la conocida como poesía hermética (Quasimodo y otros). Más aún: el poema oscuro y elíptico de Beckett. O sea, la poesía, a partir de Mallarmé, se aleja de las condiciones explícitamente líricas, como son los corsés impuestos por la métrica, la rima, la estrofa, etc., favoreciendo el nacimiento de una nueva poesía confesional, espontánea, ahora sazónada con las osadías del psicoanálisis y enfocada al enaltecimiento del Yo, la voz interior, la estructura, la importancia de cada palabra y sus caleidoscópicas resonancias, el fenómeno sensitivo, la abstracción e incluso el antipoema.

A su vez, la novela o el relato (porque aquélla comienza a adelgazar en dirección a éste), sobre todo a partir de la segunda mitad del XIX, de la mano de los conocidos como postrománticos (Nerval, Huysmans, Melville, Conrad, Stevenson, o Verne, entre

otros mil), y en contraste con el popular Realismo, hasta el tiempo de las prevanguardias (Kafka, Walser, Hansum, Joyce, Döblin...), con sus epígonos de obligada mención (Dadá, Surrealismo, OuLiPo, Nouveau Roman, Modernismo anglosajón, Gadda, Artaud y el Absurdo, o eso que O. Paz llamó «la tradición de la ruptura»...), la novela, como iba diciendo, experimentó el mismo proceso que la poesía, solo que en dirección contraria, pasando de la preponderancia argumental y ordenada, a la del estilo (ojo, no necesariamente barroco). Es decir, la exaltación del adjetivo, la oferta lúdica, la complejidad sintáctica a favor de la belleza resultante, incluida la sorprendente desnudez de las palabras, o su sexo, la primera persona y el estilo indirecto libre, el monólogo interior, el uso de la figura retórica o el realismo mágico. En definitiva, la novela dio paso a una prosa lírica en primera instancia.

Es posible que en la actualidad nos hallemos inmersos en un irrevocable cambio de tiempo en los extraños verbos posesivos que nos guían, buscando un nuevo presente, el presente indefinido. De lo que estoy seguro es que antes del Realismo había literatura y espero, y a menudo intento desesperadamente proclamarlo a los cuatro vientos, que después también la habrá. Por lo tanto, cada día me parece más acertado el vaticinio que en una ocasión le escuché a Julián Ríos: «El futuro de la literatura está en el Quijote». O, como seguramente diría uno de nuestros primeros padres putativos, William Faulkner, que me aspen si lo mío no es cuestión de fe.

Esta es mi particular y apresurada manera de quitarme el sombrero ante todos vosotros.

(Aportación de FF en el encuentro literario de Pravia 2016. Con J. Ordaz y J. Lasheras)